

V

La visita

Momentos antes de la trágica escena que acabamos de referir, apareció en el aposento una persona cuya presencia, á ser antes notada por Fabiola, hubiera bastado para que ésta abreviara el diálogo con Syra y se abstuviera de su arrebato.

Los aposentos de las casas romanas estaban separados por cortinas, más bien que por puertas; y así era fácil, especialmente en momentos de agitación, penetrar en ellos sin ser notado. Tal sucedió en el caso presente, pues cuando Syra salía de la estancia casi retrocedió sorprendida al ver destacarse ante una cortina carmesí oscuro una figura que reconoció enseguida.

Era una dama, casi una niña, vestida de blanco y sin adorno alguno en su persona. Su semblante retrataba el candor de la niñez juntamente con la inteligencia de una edad madura. En sus ojos aparecía no sólo la inocencia de la paloma que describe el Cantar de los cantares, sino que á menudo los iluminaba un afecto intenso y puro como si los clavara, más allá de los objetos que la rodeaban, en algún sér invisible para los demás, y para ella sola presente y con gran ternura amado. En sus labios retozaba una infantil sonrisa; sus frescas y juveniles facciones reflejaban sensible y sinceramente las impresiones que recibía su tierno corazón. Creían cuantos la trataban que nunca se ocupaba de sí misma, dividiendo su pensamiento entre la benevolencia hácia los que la rodeaban y el afecto por el invisible objeto de su predilección.

Cuando Syra notó esa hermosa aparición, tan parecida á un ángel, detúvose ante ella un momento, pero la niña le tomó la mano y besóla respetuosamente, diciendo con sigilo:

—Todo lo he visto: aguardáme en el aposento contiguo á la entrada.

Adelantóse, y apenas la vió Fabiola se sonrojó, temiendo que hubiese presenciado su arrebato de cólera. Con un movimiento de mano despidió secamente á las esclavas y saludó luego á su parienta con cordial afecto y aparente serenidad.

Ya hemos dicho que pocas eran las personas que dejasen de sentir los efectos de la altanería de Fabiola. Una de estas era su nodriza, la liberta Eufrosina, á quien estaba encomendado el

gobierno de la casa y cuya exclusiva creencia consistía en que Fabiola era el más perfecto de los seres, la más discreta, la más cumplida y la más admirable dama de Roma. La otra era la jovencita que acababa de entrar, á quien amaba y trataba con afecto entrañable, y cuya compañía la deleitaba siempre.

—Eres en extremo complaciente, querida Inés,—dijo la ya apaciguada Fabiola:—apenas acabas de recibir mi aviso cuando sin vacilar acudes para acompañarnos á la mesa. Es el caso que mi padre ha invitado á otras personas, y era mi deseo tener alguien con quien conversar para excusarme de hacerlo con los demás. Sin embargo, tengo curiosidad por conocer á uno de los convidados, un tal Fulvio, cuya gentileza, opulencia y dotes me han encomiado, á pesar de que nadie sabe quién es, cuál su profesión y su procedencia.

—Bien sabes, querida Fabiola,—contestó Inés,—cuánto me complazco en visitarte, y que mis padres me lo permiten gustosos. Con que déjate de apologías.

—Y así te presentas como acostumbras,—dijo alegre Fabiola,—sin más joyas ni aderezos que tu vestido blanco, como si todos los días te fueras á desposar... Mas ¡dioses inmortales!... ¿qué es eso? ¿estás herida? ¿ó ignoras que tienes ahí en el pecho de la túnica una gran mancha como de sangre? Vén; te mudarás el vestido.

—Nó; por todo lo del mundo no lo consentiría Fabiola; esta es la joya que he de llevar esta noche... Es sangre, sí; sangre de una esclava, pero más noble y generosa que la que circula por tus venas y las mías.

Revelóse entonces á Fabiola toda la verdad. Inés lo había presenciado todo. Humillada y confundida, dijo con aspereza:

—¿Deseas, pues, que se enteren todos de mi arrebatado carácter en castigar la audacia de una esclava?

—Lejos de eso, querida prima. Sólo deseo conservar para mí una lección de fortaleza y magnanimidad que he recibido de una esclava, tal como pocos filósofos patricios nos podrían proporcionar.

—¡Qué idea tan rara! En verdad, Inés, varias veces he pensado que dabas demasiada importancia á esa clase de gente. Al cabo, ¿qué son?

—Criaturas humanas como nosotras, dotadas de la misma razón, los mismos afectos y la misma organización. Hasta aquí no podrás decir que exagero. Forman, pues, parte de la misma familia; y si Dios es nuestro padre, porque de El procede nuestra vida, lo es también suyo, y ellas son, por consiguiente, hermanas nuestras.

—¡Hermana mía una esclava! No lo permitan los dioses. Los esclavos son una propiedad como cualquier otra, y no con-

cibo que puedan moverse, pensar ni sentir sino como y cuando acomode á sus amos.

—¡Vamos, vamos!— dijo Inés con suave agrado —No nos engolfemos en discusiones. Eres demasiado sincera y noble para no sentir y conocer que una esclava te ha excedido hoy en lo que más admiras: en elevación de ideas, discernimiento, lealtad y fortaleza heróica. No me contestes, querida prima, que bien conozco lo que vas á decirme con esa lágrima furtiva; pero en adelante puedo evitarte otro motivo igual de disgusto si me concedes un favor.

—Si está en mi mano, desde luego.

—Pues bien; cédeme Syra, esa esclava que en adelante me parece no has de ver con gusto á tu lado.

—Te equivocas, Inés. Desde ahora trataré de refrenar mi orgullo, y te confieso que siempre más, no sólo tendré á Syra en mayor estima, sino que hasta la llegaré á admirar. Es la primera vez que me inspira este sentimiento una persona de su condición.

—Se me figura, Fabiola, que yo podría hacerla más feliz.

—Lo creo, querida Inés porque tú tienes el don de hacer dichosos á cuantos te rodean. Nunca he conocido una familia como la tuya. No parece sino que te has propuesto poner en práctica esa extraña filosofía de que me hablaba Syra y que no hace distinción entre libres y esclavos. Todos en tu casa están satisfechos y risueños, anhelosos de cumplir sus deberes. Parece que nadie allí se acuerda de mandar. ¿Te sonríes? ¡Ah, hechicera mía! Sospecho que en aquella estancia misteriosa, donde nunca me has permitido entrar, ocultas los filtros y sortilegios que empleas para hacerte amar de todos. Si fueses cristiana y te llevasen á la arena del Circo, creo que las mismas fieras irían cual mansas ovejas á echarse á tus pies... ¡Vamos, no te pongas tan seria! ¿No comprendes que me chanceo?

Inés, como extática, miraba fijamente y con ternura delante de ella, como si estuviese contemplando ó escuchando algún sér entrañablemente amado. Pero pronto salió de su abstracción, exclamando alborozada:

—¡Bien pudiera ser lo que dices, Fabiola! Cosas todavía más extraordinarias han sucedido. Pero, en fin, si yo tuviera que pasar por tan terrible trance, Syra sería precisamente la persona que desearía tener á mi lado. Consiente, pues, con que sea mía.

—¡Por los dioses, Inés, no tomes en serio mis palabras! ¿Tan pobre concepto había de tener formado de tí, que llegase á figurarme tal desventura? En cuanto al cariño de Syra, tienes razón. Cuando en el último verano, durante tu ausencia, me ví acometida de una calentura contagiosa, sólo á latigazos podía

conseguir que las demás esclavas se acercasen á mi lecho, mientras que la pobre Syra no quería separarse un momento de mi lado, velándome y asistiéndome á todas horas, tanto que á ella creo deber mi salud y acaso mi vida.

—¿Y no te la hizo amar esa conducta suya?

—¡Amarla! ¡Amar á una esclava! Lo que hice fué recompensarla generosamente. Por cierto que ignoro el uso que hace de mis regalos, pues las otras esclavas me dicen que nada ahorra y nada gasta en su persona. Y aún ha llegado á mis oídos que todos los días parte su comida con una muchacha ciega y mendiga. ¿Habrá más extraño capricho?

—Querida Fabiola, —dijo Inés enternecida;—es preciso que Syra sea mía. Me has prometido acceder á lo que te pidiese: pues bien, dime el precio, y deja que me la lleve á casa esta misma noche.

—¡Bien! como nada te puedo negar, te la cedo; pero dejemos para otro día el ajuste, y ahora bajemos á ver á los convidados.

—¿Olvidas ponerte las joyas?

—No importa que baje siquiera una vez sin ellas: no estoy ahora para componerme.

VI

El convite

En una sala baja estaban ya reunidos con Fabio sus convidados, no precisamente á un banquete, sino á la cena ordinaria de una casa opulenta, donde había siempre mesa puesta para los amigos.

Al presentarse Fabiola é Inés salióles al encuentro Fabio.

—¿Cómo así tan desaliñada, —preguntó á su hija, — después de hacernos esperar tanto?

Fabiola, confusa, no acertaba á responder, avergonzándose de haberse dejado llevar de los impetus de su cólera, y más aún del castigo que neciamente á su parecer se había impuesto: pero á sacarla del apuro acudió solícita Inés, que encendida como una amapola dijo á Fabio:

—Mía es la culpa de su retardo y de que vaya tan sencilla-

mente vestida, pues yo la he entretenido con mis habladurías, y sin duda me las quiere atajar con la sencillez del traje.

—Tú, querida Inés, gozas del privilegio de venir como mejor te plazca. Pero, hablando formalmente, debo manifestarte que si esto se te podía disimular cuando eras una niña, ahora que eres ya casadera (1) es menester que te compongas algo más para granjearte el cariño de algún mozo bien parecido y que te convenga. Uno cualquiera de los ricos collares que tienes acrecentaría tus naturales encantos. Pero observo que estás distraída, y casi apostaría algo á que tienes ya puestos los ojos en alguno.

Mientras Fabio así hablaba con benévola aunque mundana intención, Inés parecía enajenada, absorta en risueño éxtasis; pero sin perder el hilo del discurso y sin la menor incoherencia contestó:

—¡Oh! sí, ciertamente; en uno que ya me ha dado en arras el anillo y me ha adornado con innumerables joyas (2).

—¿De veras?—preguntó Fabio.—Con que...

—Sí,—respondió Inés con fúlgida mirada y candorosa sencillez;—ha ceñido mi diestra y mi cuello con alhajas preciosas, y ha prendido en mis orejas zarcillos de inestimables perlas (3).

—¿Quién es el afortunado mancebo? ¿Cuán calladito te lo tenias! Será sin duda tu primer amor, y ¡ojalá sea duradero y la bre tu felicidad!

—¡Eternamente!—contestó Inés, yendo enseguida á juntarse con Fabiola.

Esta, afortunadamente, no había oído el diálogo, pues hubiérase ofendido al ver que Inés le ocultaba el suceso más importante de su vida, siendo así que la consideraba como su predilecta amiga. Pero mientras Inés la estaba disculpando había dejado á su padre para atender á los otros convidados. Era uno de éstos un sofista romano, hombre muy obeso, mercader de ciencia universal, llamado Calpurnio. Otro era un tal Próculo, muy amigo de buenos bocados, y concurrente asiduo de la casa. Había otros dos en los cuales debemos fijarnos más detenidamente.

El primero, amigo particular de Inés y de Fabiola, era un tribuno de la Guardia pretoriana, y aunque no contaba todavía treinta años, se había distinguido ya por su valor y bizarría, lo cual hablaba granjeado la privanza de Diocleciano en el Orien-

(1) Según la legislación romana, podía la mujer casarse á los doce años de edad.

(2) «Annulo fidei suæ subarrhavit me, et immensis monilibus ornavit me.» (*Oficio de santa Inés*).

(3) «Dexteram meam et collum meum cinxit lapidibus pretiosis, tradidit auribus meis inestimabiles margaritas.» (*Ibid*.)

te y la de Maximiano Hercúleo en Roma. Apuesto, de ameno trato, sin afectación alguna en su porte y modales, despreciaba los necios asuntos que divertían á la generalidad. Era, en suma, el tipo perfecto del joven pundonoroso y de nobles sentimientos, robusto y valiente, enemigo del orgullo y de toda vanidad.

Con él contrastaba notablemente el otro convidado, Fulvio, nuevo astro de la sociedad romana, de continente afeminado, vestido con prolijo esmero, ataviado con preseas costosas, cubiertos sus dedos de ricas sortijas, afectado en el lenguaje, extremado en sus maneras, mostrando aparente bondad; todo lo cual, unido á haberle visto en la Corte imperial, franqueóle en poco tiempo los salones de la más encumbrada sociedad de Roma.

Fulvio había llegado á la ciudad de los Césares sin otra compañía que la de un anciano muy adicto á su persona, pero del cual nadie sabía si era su esclavo, liberto ó amigo. A solas hablaban un idioma extraño; y el atezado rostro, la mirada penetrante del viejo y la desagradable impresión de sus facciones inspiraban aversión á los sirvientes; pues habiendo alquilado Fulvio una habitación de las llamadas entonces *insula*, ó casa arrendada por partes, después de amueblarla lujosamente tomó un número de esclavos superior al que requería el servicio de un soltero por rico que fuese. Más que por la abundancia se distinguían por su profusión los gastos de la casa; y pronto el corrompido y degradado círculo de Roma pagana olvidó la oscuridad de su historia y repentina aparición, deslumbrado por sus riquezas y por el embeleso de su conversación. Sin embargo, un observador experto hubiera notado cierta inquieta expresión en sus ojos y la reconcentrada atención con que acechaba cuanto pasaba ó veía en torno suyo, lo cual revelaba su insaciable curiosidad; y en ciertos momentos de descuido el ceño siniestro, el brillo sombrío de su mirada y la contracción de su labio superior, sobre inspirar cierto sentimiento de desconfianza, infundía la sospecha de que su afabilidad exterior fuese una máscara para encubrir su feroz malignidad.

No tardaron los convidados en ponerse á la mesa, y como las damas comían sentadas y los hombres reclinados en sus lechos, Fabiola é Inés ocupaban un lado; los dos jóvenes indicados el lado de enfrente, y Fabio con sus dos antiguos amigos el centro; si es que así pueda describirse la posición que cada cual guardaba al rededor de las tres partes de una mesa circular, pues la otra quedaba desocupada para el *sigma* ó lecho semicircular destinado á facilitar el servicio.

Satisfechas las primeras exigencias del apetito y de la gula, animóse la conversación.

—¿Qué noticias corren hoy en los baños?—preguntó Calpur-

nio.—Yo no tengo tiempo para ocuparme en tales fruslerías.

—Interesantes—respondió Próculo.—Parece que el divino Diocleciano ha mandado que se terminen sus Termas en tres años.

—¡Imposible!—exclamó Fabio.—El otro día, yendo á los jardines de Salustio, me detuve á examinar las obras, y las ví muy atrasadas. Queda aún mucho que hacer, muchos mármoles por labrar, y no pocas columnas por modelar.

—Es verdad—dijo Fulvio,—pero me consta que se han expedido órdenes á todas partes para que envíen á Roma y sean ocupados en las Termas muchos de los prisioneros y condenados á las minas de España, de Cerdeña y hasta del Quersoneso. Algunos miles de cristianos que se destinen á las obras pronto las concluirán.

—Y ¿por qué cristianos más bien que otros criminales?—preguntó Fabiola con curiosidad.

—Difícilmente acertaría á explicarlo,—respondió Fulvio con atractiva sonrisa,—pero así es. Entre cincuenta de esos condenados atreveríame á distinguir un cristiano.

—¿De veras?—interrogaron á la vez casi todos los comensales,—y ¿cómo?

—Los forzados—contestó Fulvio—aborrecen, como es natural, el trabajo á que se les destina, siendo preciso recurrir al látigo para obligarles; y además de esto son rudos, torpes, descontentadizo; y pendencieros. Pero los cristianos condenados á obras públicas parecen, al contrario, estar siempre alegres, son obedientes y sumisos. He visto destinados á esta clase de trabajos en el Asia jóvenes patricios, cuyas manos nunca habían manejado herramienta alguna, ni sus débiles hombros sustentado la más leve carga, trabajando con afán y tan placenteros como cuando estaban en sus casas, y eso que los sobrestantes les apaleaban á menudo cumpliendo la voluntad de los divinos emperadores, de que su condición sea de las más duras. Y sin embargo nunca se les oía la menor queja.

—No puedo decir que admiro esa justicia,—replicó Fabiola;—pero ¡qué casta de hombres tan singular! Quisiera que alguien me explicase el motivo de esa estupidez ó insensibilidad de los cristianos, tan contraria á la naturaleza.

—Precisamente—dijo Próculo con tono zumbon—aquí tenemos á Calpurnio que nos lo aclarará como buen filósofo, y que, según tengo entendido, es capaz de disertar una hora seguida sobre cualquier tema, ya sean los Alpes, ya un hormiguero.

Aludido así Calpurnio, y considerándose altamente favorecido, abrió la boca y con grave entonación dijo así:

—Los cristianos constituyen una secta extranjera cuyo fundador floreció en Caldea siglos há, y sus doctrinas fueron traí-

das á Roma en tiempo de Vespasiano por dos hermanos llamados Pedro y Pablo. Algunos pretenden que éstos son los mismos gemelos que los judíos llaman Moisés y Aarón, el segundo de los cuales vendió al primero su primogenitura por un cabrito para hacer con su pellejo *chiroteca* (1); mas yo no admito esa identidad, porque según consta en los libros místicos de los judíos el menor de estos dos hermanos, despechado y envidioso de que las víctimas del otro daban mejores presagios que las suyas, le mató, como nuestro Rómulo á Remo, aunque con la quijada de un burro; por cuyo motivo Mardoqueo, rey de Macedonia, le mandó colgar en una horca de cien codos de altura, á instancias de su hermana Judit. De todos modos, habiendo venido á Roma Pedro y Pablo, descubrióse que el primero era un esclavo fugitivo de Poncio Pilatos, quien le mandó crucificar en el Janículo. Sus secuaces, que eran muy numerosos, adoptaron entonces la cruz por símbolo, y la adoran, teniendo á grande honra sufrir, no solo azotes, sino hasta la muerte más ignominiosa como el mejor medio de asemejarse á sus maestros, pues se imaginan que irán á reunirse con ellos en un lugar situado más allá de las nubes.

Esta lucida explicación del origen del Cristianismo fue escuchada con admiración por todos los circunstantes, excepto dos. El oficial dirigió una mirada de conmiseración á Inés, como si quisiera decirle: ¿Contestaré á este necio, ó me echaré á reír? Pero ella se puso el dedo en los labios y se sonrió implorando su silencio.

—Pues bien,—añadió Próculo,—la conclusion de todo esto es que las Termas no tardarán en terminarse y que tendremos grandes diversiones, pues se anuncia que el divino Diocleciano asistirá en persona á su inauguración. ¿No es así, Fulvio?

—Así es; y con este motivo habrá fiestas espléndidas y magníficos espectáculos. Pero no tendremos que esperar tanto, pues se ha mandado ya que se remitan de Numidia cuantos leones y leopardos puedan reunirse.

Y volviéndose bruscamente á su vecino prosiguió:

—Un bizarro soldado como vos, Sebastian, no podrá menos de deleitarse con los nobles espectáculos del anfiteatro, especialmente cuando se dirigen contra los enemigos de los augustos emperadores.

Incorporóse el oficial, miró á su interlocutor tranquila y majestuosamente, y contestó diciendo:

—Fulvio, no correspondería al título que me habeis dado si fuese capaz de contemplar con placer y á sangre fría la lucha, si este nombre merece, entre una fiera y un niño ó una mujer

(1) Guantes.

débiles é indefensos: que no son otra cosa los espectáculos que calificais de nobles. Si estoy pronto á desenvainar la espada contra los enemigos del Imperio, lo estoy igualmente á esgrimir la contra la fiera que se arrojase, aunque fuera por mandato imperial, sobre el débil y el inocente.

Fulvio, desconcertado, hizo ademán de levantarse; pero Sebastián, asiéndole el brazo con pesada mano, prosiguió:

—Oidme hasta el fin. No soy el primero ni el más ilustre de los romanos que ha opinado así antes que yo, y sabidas tendréis las palabras de Cicerón: «Magníficos son estos espectáculos; pero ¿cómo puede recrearse una persona culta viendo á un hombre débil despedazado por una fiera, ó á un noble animal atravesado por un venablo (1)?» No tengo á mengua pensar como el más grande de los oradores romanos.

—¿De modo que no os veremos en el Circo, Sebastián?— preguntó Fulvio con voz meliflua y tono burlón.

—Si me veis allí, contad que será para ponerme al lado del indefenso, no al de las bestias feroces destinadas á despedazarle.

—Sebastián tiene razón,—dijo Fabiola palmoteando;—y pongo fin á la discusión con este aplauso. Nunca he oido á Sebastián defender más que sentimientos nobles y generosos.

Mordiése Fulvio los labios, y levantándose todos de la mesa se dispusieron á salir.

VII

Pobres y ricos

Durante la última parte de la anterior conversación Fabio se había quedado completamente abstraído, discurriendo sobre la revelación que le había hecho Inés y maravillándose de lo bien guardado que tenía su secreto. Preguntábase quién sería el afortunado mortal que había conquistado el corazón de la niña, é iba recordando muchos jóvenes, pero ninguno le satisfacía. Lo que

(1) «Magnificæ nemo negat; sed quæ potest esse homini polito delectatio, quum aut homo imbecillus á valentissima bestia laniatur, aut præclara bestia venabulo transverberatur?» (*Ep. ad Fam.*, lib. VII, ep. 1).

más le confundía era el regalo de las ricas joyas, pues no conocía á un solo joven de la nobleza romana que pudiera poseerlas, y en las grandes tiendas que recorría con frecuencia no había oido decir que se hubieran encargado. De pronto acudióle una idea luminosa: ¿sería Fulvio el favorecido? Porque siempre se le veía lucir nuevas y magníficas sortijas traídas de extrañas tierras; y como varias veces había sorprendido las expresivas miradas que dirigía á Inés, no le quedó ya la menor duda de que estaba perdidamente enamorado de ella. Verdad es que Inés no parecía siquiera advertirlo; pero esto, decíase Fabio, entrará por de contado en el plan. Afirmándose cada vez más en su pensamiento, y convencido de la exactitud de su presunción, resolvió favorecer la supuesta inclinación de ambos, y gozábese en su imaginación por la sorpresa que á Fabiola causaría su sagacidad cuando se la participase.

Pero dejemos ahora á nuestros nobles huéspedes, y sigamos á Syra desde que abandonó el aposento de su ama. Al presentarse á Eufrosina, estremeciése la buena anciana al ver la profunda herida y no pudo contener una compasiva exclamación; pero comprendiendo que había sido obra de Fabiola, se vió presa de encontrados sentimientos.

—¡Pobre Syra!—decía mientras le lavaba la herida y la vendaba.—¿Cómo ha sido esto? ¡Cuánto te habrá dolido! El golpe es cruel, y no obstante lo ha asestado la criatura más bondadosa del mundo. Toma este cordial para reanimarte, no sea que desfallecieses por la mucha sangre que habrás perdido. ¡Algún motivo le habrás dado para herirte!

—Verdaderamente,—dijo Syra sonriéndose;—yo me tengo la culpa: ¿quién me metía á discutir con mi señora?

—¡Discutir con ella! ¡Dioses del Olimpo! ¿quién oyó decir jamás que una esclava se atreviese á contradecir á una señora tan noble como entendida? El mismo Calpurnio se arredraría de disputar con ella. Así no extraño que la irrites y que en su arrebató te haya herido sin darse cuenta del daño que te hacía. Pero es preciso que esto no se divulgue y que nadie sepa la falta que has cometido. ¿No tienes alguna tela ó lienzo fino para envolverte el brazo á manera de adorno? Aguarda un poco.

Y penetrando en el dormitorio de las esclavas, que comunicaba con su habitación, abrió la *capsa* ó arca de Syra, y después de haber revuelto inútilmente los pocos trapos que encerraba, sacó del fondo un pañuelo cuadrado, de la más preciosa tela, magníficamente bordado y aun adornado de perlas. Encendiése de rubor el rostro de Syra, y suplicó á Eufrosina que no la obligara á ponerse aquel adorno que tanto desdecía de su condición, especialmente por ser un recuerdo de mejores días, preservado con tanto cuidado. Pero Eufrosina, que anhelaba en-

cubrir la falta de su ama, permaneció inexorable, y no paró hasta que lo hubo envuelto al rededor del brazo herido.

Terminada esta operación, pasó Syra al pequeño locutorio, situado en frente de la habitación del portero, donde los esclavos de más distinción podían recibir á sus amigos. Llevaba en la mano un canastillo tapado con una servilleta, y apenas había entrado cuando con ligeros pasos atravesó saltando la habitación una muchacha de unos diez y seis años, vestida pobremente aunque aseada y limpia, y le echó los brazos al cuello con tan risueño semblante, que nadie hubiera podido adivinar que sus ojos, privados de vista, habían tenido comunicación con el mundo exterior.

—Siéntate, querida Cecilia,—le dijo Syra cariñosamente y conduciéndola de la mano á una silla.—Hoy vas á cenar opíparamente, pues te traigo unos manjares muy exquisitos.

—Pues ¿no sucede así todos los días?

—Sí, pero hoy mi ama me ha enviado de la mesa un plato muy delicado.

—¡Cuán buena es tu ama, y cuánto más lo eres tú, hermana mia! Pero ¿por qué no te lo has comido? Para tí estaba destinado, nó para mí.

—Hablándote con sinceridad, te diré que me complazco más en verte disfrutar una cosa que en disfrutarla yo misma.

—Nó, querida Syra, eso no debe ser así. Dios me ha querido pobre, y debo cumplir su voluntad. Gozosa estoy de compartir contigo tu *pulmentum* (1), pues me lo da la caridad de una que es tan pobre como yo. Así te proporcione el mérito de la limosna, y tú me das el consuelo de pensar que no soy ante Dios más que una pobre ciega. Creo que he de merecer más su amor así que comiendo suculentos manjares. Prefiero quedarme con Lázaro á la puerta más bien que sentarme con el rico Epulon á la mesa.

—¡Cuán mejor y más discreta eres que yo! Quiero complacerte. Llevaré el plato á mis compañeras, y aquí te dejo tu ordinaria comida.

—Gracias, querida hermana: esperaré tu vuelta.

Syra subió al aposento de las esclavas y puso delante de sus envidiosas y glotonas compañeras la fuente de plata, sin que su vista les sorprendiese mucho, pues de vez en cuando solía su señora darles semejante muestra de bondad. Pero avergonzada Syra de que la viesen con el rico pañuelo en que traía envuelto el brazo herido, se lo quitó antes de entrar; si bien, no queriendo disgustar á Eufrosina, volvió á ponérselo al salir con la mano que le quedaba libre. Cuando iba á cruzar el patio para reunirse con la ciegucecita, divisó á uno de los nobles convidados que se

(1) Especie de sopa ó potaje.

dirigía cabizbajo hácia la puerta, y para evitar un desmán, cosa posible y no desusada, se ocultó detrás de una columna.

Era Fulvio, y no bien ella le hubo reconocido, quedóse como clavada en el suelo, latióle el corazón de un modo extraño, estremeciéndose de piés á cabeza, un frio sudor bañó sus sienes, y sus abiertos ojos quedaron fascinados como los de un pájaro ante una serpiente. Llevó la mano al pecho, hizo la señal de la cruz, y desvaneciéndose el encanto, huyó precipitadamente sin ser vista.

Apenas Syra había desaparecido detrás de una cortina que cerraba las escaleras, cuando llegó Fulvio al sitio donde aquella había estado escondida. De repente pareció como si tropezase con algun objeto, retrocedió espantado é inmutósele el semblante; mas haciendo un esfuerzo miró á su alrededor y se cercioró de que se hallaba solo; volvió á contemplar el objeto, y al inclinarse para recogerlo retiró la mano. Era el pañuelo que llevaba Syra en el brazo y que se le había caído. Por fin, como oyese ruido de pasos y reconociese en ellos el andar marcial de Sebastian, recogió apresuradamente el pañuelo, estremeciéndose al doblarlo, y al verlo manchado con sangre todavía fresca que había filtrado por el vendaje, salió tambaleándose como un ebrio y fué presuroso á su morada.

Pálido, calenturiento, manteniéndose á duras penas en pié, penetró en su dormitorio, rechazando con aspereza los servicios de sus esclavos, y sólo consintió que le siguiese su fiel acompañante, á quien indicó que cerrase la puerta.

Luego, sin despegar los labios, arrojó sobre la mesa, en la que ardía una lámpara, el pañuelo bordado, señalando con el dedo las manchas de sangre.

Nada dijo el anciano, pero inmutóse su atezado rostro.

—¡No hay duda!—exclamó al fin;—es el mismo .. ¡pero ella murió!

—¿Estás bien seguro, Eurotas?—preguntó Fulvio clavando en él su penetrante vista de halcón.

—Tanto como puede uno estarlo de una cosa que ha visto. Pero ¿dónde has encontrado esto? ... ¿y esta sangre? ...

—Mañana te lo referiré todo; ahora no me siento bien. En cuanto á estas manchas de sangre, estaban frescas cuando hallé el pañuelo é ignoro de dónde procedan, á menos que sean presagios de venganza, y de una venganza tan tremenda como son capaces de meditar las Furias. Esta sangre no ha sido vertida ahora.

—¡Ta, ta, ta! No es ocasion esta de sueños ni de fantasmas-gorías. ¿Te vió álguien recogerlo?

—¡Nadie!

—Siendo así, ningún peligro corremos: vale más que haya

caído en nuestras manos que en las de otro. Una noche de descanso nos proporcionará algún saludable consejo.

—Dices bien, Eurotas; pero esta noche quédate á dormir aquí.

Acostáronse los dos: Fulvio en un suntuoso lecho, y Eurotas en una camilla baja, desde la cual, apoyado en el codo, estuvo largo rato observando con mirada fija y sombría, á la luz de la lámpara, el desapacible sueño del jóven, como si á la vez que su guardia fuera su genio malo. Atormentaba á Fulvio una agitación extraña y parecía presa de angustiosa pesadilla. Primero vió una hermosa ciudad allá en regiones apartadas, atravesada por un río en cuyas aguas estaba levando el ancla una galera, destacándose en su cubierta una figura que agitaba en señal de despedida un pañuelo bordado. La escena cambia de repente; el buque está en medio de los mares, bregando con una furiosa borrasca, y en el tope del mástil ondea el mismo pañuelo bordado, como un gallardete á impulsos del viento. Choca la galera en una roca; un lamento desgarrador resuena en los espacios, y nave y pasajeros se sumergen en lo profundo del proceloso mar. El mástil, sin embargo, flota sobre las olas con su brillante flámula, y por entre las gaviotas que revolotean graznando á su derredor discurre una figura que con una antorcha en la mano y agitando sus negras alas arranca el pañuelo del mástil, y clavando en Fulvio una mirada aterradora, lo despliega ante sus ojos deteniendo el vuelo, y en letras de fuego lee escrita en él la palabra ¡*Nemesis!* (1)

Pero ya es tiempo de que volvamos á nuestros convidados de la casa de Fabio.

Luego que Syra oyó cerrar la puerta por donde Fulvio salió, se detuvo un instante para serenarse, y elevando á Dios una plegaria fué á reunirse con la ciegucecita, la cual, habiendo acabado la frugal comida, aguardaba con paciencia su vuelta. Syra principió entonces sus tareas cotidianas de cariño y hospitalidad: trajo agua, lavóle las manos y los piés, según costumbre de los cristianos; peinó y arregló su cabello como si la pobre criatura fuese su propia hija: pues aunque no la excedía en muchos años, era tan tierna su mirada cuando la fijaba en su amiguita, tan suave su voz, todas sus acciones tan cariñosas, que más parecía una solícita madre cuidando á su hija, que una esclava sirviendo á una mendiga.

En este momento disponíase Inés á acudir á la cita convenida, y Fabiola se empeñó en acompañarla hasta la puerta. Cuando al levantar la cortina sorprendió Inés una escena tan interesante, hizo una señal á Fabiola para que la contemplara,

(1) Venganza.

pero en silencio. Tenían en frente á la ciegucecita y á un lado á su voluntaria sirviente, muy ajena de que la observaran.

El corazón de Fabiola no pudo menos que enternecerse, pues nunca hubiera imaginado que pudiese existir en la tierra un amor tan desinteresado entre seres extraños: verdad es que la caridad era una palabra desconocida en la Roma pagana. Retiróse lentamente sin poder contener una lágrima, y despidiéndose de Inés le dijo:

—Debo retirarme: esa muchacha me ha probado esta tarde que una esclava puede tener entendimiento, y ahora me revela que también puede tener corazón. Há pocas horas me quedé pasmada cuando me preguntaste si yo no amaba á una esclava. Pues bien, casi llego á creer que podría amar á Syra, y me pesa de habértela cedido.

Mientras Fabiola iba retrocediendo hácia el patio, entró Inés en la referida estancia, y sonriéndose dijo:

—Muy bien, Cecilia, al fin he descubierto tu secreto. Esta es la amiga cuyo alimento dices que es mejor que el mío, y por eso no querías nunca comer en mi casa. Vamos; si mis manjares no son más sabrosos, convengo al menos en que la generosa amiga que te los ofrece vale más que yo.

—¡Oh! no digais eso, señora,—contestó la ciegucecita.—La comida es en verdad mejor; pero vos tenéis mil ocasiones de ejercer la caridad, mientras que una pobre esclava sólo la tiene cuando encuentra á una que, como yo, es más pobre y necesitada que ella, y esta idea contribuye á hacer que me parezca más exquisito el alimento que divide conmigo.

—Tienes razón,—dijo Inés,—y me alegro que estés aquí para que oigas las buenas noticias que traigo á Syra. De ellas te alegrarás también tú. Fabiola ha consentido en que pases á mi servicio, Syra: por consiguiente, mañana serás libre y una hermana querida para mí.

Al oír esto Cecilia palmoteó de contento, y enlazando sus brazos al cuello de Syra, exclamó enajenada de gozo:

—¡Oh, cuánta bondad! ¡Qué dichosa vas á ser, querida Syra! Pero Syra, perturbada, replicó con voz balbuciente:

—¡Oh buena y amable señora! excesiva bondad es la vuestra con mi humilde persona, pero perdonadme si os suplico que me dejéis como estoy. Te aseguro, querida Cecilia, que vivo aquí muy dichosa.

—Pero ¿por qué quieres quedarte?—preguntó Inés.

—Porque es más perfecto acomodarnos al estado en que Dios nos pone,—respondió Syra.—Confieso que no nací en el que ahora me encuentro, pues otros me han reducido á él...

Un raudal de lágrimas le embargó la voz, pero luego continuó:

—Pero esto mismo me prueba que la voluntad de Dios ha dispuesto que le sirva en mi actual estado, y ¿cómo he de desear abandonarlo?

—Pues bien,—dijo Inés con más insistencia;—todo podemos conciliarlo facilmente. No te daré la libertad y serás mi esclava, que viene á ser lo mismo.

—¡No, no!—replicó Syra sonriéndose;—no es lo mismo. Las instrucciones del grande Apóstol son éstas: «Esclavos, estad sumisos con todo temor á vuestros amos, no sólo á los apacibles y cariñosos, sino tambien á los de dura condición (1).» Estoy muy lejos de contar entre éstos á mi ama; pero vos, noble señora, sois demasiado bondadosa conmigo. ¿Dónde estaría mi cruz si viviera á vuestro lado? No sabéis acaso qué indole tan soberbia y obstinada es la mía, y temería por mí misma si no sufriera algunas penas y humillaciones.

Inés estaba ya casi pronta á ceder; pero más ansiosa que nunca de adquirir tal tesoro de virtud, dijo:

—Veo, Syra, que ningun motivo dirigido á tu propio interés te convencerá, y por lo tanto debo hacer uso de razones más egoistas. Necesito tenerte á mi lado para que tus consejos y ejemplos me sirvan de guía... Vamos, esta petición no me la negarás.

—Nunca seréis egoista, señora; y por eso apelo de vuestra petición á vos misma. Conoceis á Fabiola y la amais. ¡Qué noble alma la suya! ¡Cuán raras prendas posee y cuán elevados serían sus conocimientos si los iluminase la luz de la verdad! ¡Con qué cuidadoso esmero guarda esa perla de las virtudes, cuyo valor nosotras solas podemos apreciar! ¡Qué buena cristiana podría ser!...

—Prosigue, por amor de Dios, querida Syra,—exclamó Inés con viveza.—¿Tienes acaso esperanza de que Fabiola llegue á ser cristiana?

—Esa es mi oración mañana y noche: es mi único pensamiento y la ocupación de mi vida. Procuraré atraerla con mi paciencia, por la constancia, y hasta con esas raras discusiones como la que hemos tenido hoy. Y en último extremo emplearé otro recurso.

—¿Cuál?—preguntaron Inés y Cecilia.

—Dar mi vida por su conversión. Bien sé que una pobre esclava como yo tiene pocas oportunidades de alcanzar la palma del martirio; sin embargo, dícese que nos amenaza una persecución más terrible que las pasadas, y acaso no desdenará víctimas tan humildes. Pero, sea lo que Dios quiera, he puesto mi vida en sus manos por la conversión de mi ama. ¡No os inter-

(1) I Petr. II, 14

pongais, pues, amable señora mía, entre mi humilde persona y el premio á que aspiro!

Esto diciendo, Syra se postró á los piés de Inés, bañándole una mano con sus lágrimas.

—Has vencido, hermana mía,—dijo la joven patricia,—y no vuelvas á llamarme señora. Permanece en tu puesto: corazón tan sencillo y virtud tan acrisolada deben necesariamente triunfar. Eres demasiado sublime para esfera tan humilde como la de mi casa.

—Yo por mi parte—añadió Cecilia con aire de cómica gravedad—digo que esta tarde ha dicho Syra una cosa muy mala y otra que no es cierta.

—Y ¿cuáles son, mi buena amiguita?—preguntó Syra sonriéndose.

—Dijiste que yo era más cuerda y mejor que tú porque no quise comer unas chucherías que hubieran regalado mi paladar por unos pocos minutos á costa de un acto de gula, mientras que tú has sacrificado tu libertad, tu dicha, el libre ejercicio de tu religión, y hasta has ofrecido tu vida por la salvación de quien te atormenta y tiraniza.

En esto vinieron á avisar que la litera de Inés esperaba á la puerta.

Cualquiera que hubiese presenciado la afectuosa despedida de las tres, la noble dama, la esclava y la mendiga, habría exclamado con razón, como lo había hecho tantas veces el pueblo: «¡Ved cómo se aman unos á otros estos cristianos!»

VIII

Fin de la primera jornada.

Si nos entretenemos un poco á la puerta para ver partir á Inés, oiremos su plácida conversación con Cecilia y su empeño en que consienta que uno de sus criados la acompañe porque ha empezado á oscurecer; olvidando que el día y la noche son iguales para la ciegucecita, que por esta razón es la guía conocida en las catacumbas, cuyos intrincados laberintos recorre á todas horas con la misma seguridad que las calles de Roma. Y si